

Vasconcelos y la refundación

Javier Garciadiego

El doctor Javier Garciadiego, Presidente de El Colegio de México, reflexiona sobre la visión social de José Vasconcelos, uno de los más preclaros rectores de la Universidad Nacional.

A mediados de 1920 la historia del país experimentó un cambio mayúsculo, al grado de poder afirmarse que entonces concluyó la etapa bélica de la Revolución Mexicana y dio comienzo el proceso dominado por el Estado revolucionario, el que se prolongó hasta mediados del siglo. En concreto, el gobierno de Venustiano Carranza fue desplazado por la facción encabezada por Álvaro Obregón, la que incluía a buena parte de los veteranos de la Revolución del noroeste, a casi todo el Ejército Nacional, a un número considerable de gobernadores, diputados y senadores, así como al movimiento obrero organizado; además de este amplio frente, pronto se sumaron al movimiento “aguaprietista”¹ los enemigos de Carranza, tanto los beneficiarios económicos y políticos del Antiguo Régimen, que se encontraban en el exilio, como los veteranos de la Revolución: villistas, zapatistas, ex maderistas y soberanistas.

Uno de los ex maderistas y soberanistas que pudo volver al país e integrarse al nuevo aparato gubernamental fue José Vasconcelos. Hasta entonces había destacado como ideólogo del antirreeleccionismo, miembro del Ateneo de la Juventud y efímero secretario de Instrucción Pública del breve gobierno convencionista

de Eulalio Gutiérrez, a principios de 1915.² En realidad, el nuevo gobierno carecía de alternativas para los sectores educativo y cultural, pues los académicos e intelectuales del país eran pocos, y para colmo habían simpatizado casi unánimemente con el gobierno usurpador y contrarrevolucionario de Victoriano Huerta.³ Vasconcelos era, sin lugar a dudas, la mejor opción como colaborador: contaba con plenas y añosas credenciales revolucionarias, había tenido buena relación con Obregón durante las primeras sesiones de la Convención,⁴ era un acérrimo anticarrancista y bien conocido como intelectual.

A poco de iniciado el gobierno interino de Adolfo de la Huerta, el coahuilense Miguel Alessio Robles fue utilizado como emisario ante Vasconcelos para conocer su disposición a colaborar. Su respuesta fue contundente: “el único ministerio que me habría interesado”,

² El acercamiento a la biografía de José Vasconcelos inicia, obligadamente, con la lectura de su saga autobiográfica, en cuatro grandes volúmenes.

³ Véase mi ensayo *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.

⁴ Si bien Vasconcelos no fue un delegado oficial a las sesiones de la Convención, asistió como invitado. Es más, asegura que él fue quien propuso darle el carácter de “soberana”, para lo cual redactó el argumento jurídico-político.

¹ El Plan de Agua Prieta fue promulgado en la población sonorense del mismo nombre el 23 de abril de 1920.



José Vasconcelos con Roberto Montenegro, Carlos Pellicer, Bernardo Gastélum y Roberto Medellín, entre otros, estación Buenavista, 1923

dijo, es el de Instrucción, pero desgraciadamente había sido suprimido al entrar en vigor la Constitución de 1917; “eso pediría, recalco, como cuando Eulalio”. El acuerdo al que se llegó sería determinante para la historia de la educación del país en su conjunto, y de la Universidad Nacional en particular. Se le nombraría rector, con total anuencia para que desde la Universidad recreara la Secretaría de Instrucción Pública. Sin embargo, los planes y propósitos de Vasconcelos rebasaban la mera reapertura de aquel ministerio. Sus diferencias con Sierra eran inmensas, a pesar de la admiración que siempre le profesó. Grandes educadores ambos, uno era hombre del siglo XIX y miembro del gobierno porfirista, y el otro era maderista, convencionista y hombre del siglo XX. Para decirlo de manera clara, los separaba la traumática y proteica experiencia que había sido la Revolución. Por eso Vasconcelos advirtió que construiría un ministerio “que no soñó ni don Justo”, un ministerio que “transformaría el alma de México”.⁵

Vasconcelos asumió la rectoría de la Universidad Nacional a principios de junio de 1920. En realidad, la Universidad Nacional que se había fundado en septiembre de 1910, en el marco de los festejos por el centenario de la Independencia, había desaparecido junto con la Secretaría de Instrucción de la que formaba parte. Lo que formalmente existía era un Departamento Universi-

tario, dependiente, supuestamente, del presidente del país. Como era previsible, Vasconcelos no procedió como un funcionario del Poder Ejecutivo sino como un rector pleno, a cabalidad, como un líder auténtico de la comunidad académica. Consciente de la institución que recibía, inició su discurso de toma de posesión afirmando que llegaba “con tristeza a este montón de ruinas”, pero precisando que no se expresaba así por “rencor”. En efecto, Vasconcelos asumió el reto de convertir esa institución que se encontraba en pleno “desastre”, en una que “trabaje por el pueblo” y que sellara un “pacto de alianza con la Revolución”. Más que como rector, dijo Vasconcelos asumirse como “delegado de la Revolución”. Su insatisfacción con la situación en la que encontró a la Universidad Nacional tenía dos vertientes: por un lado, era contrario a una universidad fundada por un mal gobierno “para que el extranjero se engañe” y a la que no se le dieron más facultades “que vigilar la marcha pausada y rutinaria de tres o cuatro escuelas profesionales”;⁶ por el otro, culpaba de la situación a la ignorancia carrancista.

El rectorado de Vasconcelos se prolongó hasta el 10 de octubre de 1921, cuando fue designado como el primer secretario de Educación Pública, ministerio diseñado por él, junto con un pequeño grupo de asesores conformado por Alfonso Caso, Ezequiel Chávez, Ma-

⁵ José Vasconcelos, *La tormenta en Memorias*, dos volúmenes, Fondo de Cultura Económica, volumen I, México, 1982, pp. 940-945.

⁶ Su discurso de toma de posesión en José Vasconcelos, *Discursos, 1920-1950*, Ediciones Botas, México, 1950, pp. 7-12.



José Vasconcelos con Aarón Sáenz, Vicente Lombardo Toledano, Álvaro Obregón, Alberto J. Pani y Antonio Caso, entre otros, durante la inauguración de la Sala de Discusiones Libres en el ex convento de San Pedro y San Pablo

nuel Gómez Morín, Mariano Silva y Alberto Vázquez del Mercado.⁷ ¿Cómo se explica la trascendencia histórica de un rectorado que apenas alcanzó los dieciséis meses de duración? A sabiendas de que toda jerarquización es subjetiva y simplificadora, seguramente hay consenso en que los principales logros del rector Vasconcelos fueron: el diseño de la futura Secretaría de Educación Pública; la reintegración de la Escuela Nacional Preparatoria, que le había sido cercenada durante los años carrancistas; la ubicación de la institución en un contexto latinoamericano; la definición de su compromiso a favor de la difusión de la cultura, heredado del proyecto ateneísta, y su alianza con el régimen revolucionario, sobre todo mediante sus afanes alfabetizadores.

Su proyecto ministerial difería radicalmente del de Justo Sierra. Para comenzar, el de éste sólo tenía facultades sobre la instrucción que se impartía en el Distrito Federal y en los territorios dominados por la Federación, Baja California, Tepic y Quintana Roo. En cambio, Vasconcelos se afanó por una secretaría auténticamente federal; esto es, de alcance nacional, única posibilidad de construir un sistema educativo homogéneo, con un cuerpo profesoral que compartiera los métodos y procedimientos pedagógicos. La otra diferencia no era de alcance geográfico sino de concepción pedagógica. En efecto,

⁷ El mejor estudio sobre la labor educativa de Vasconcelos es el de Claude Fell, *Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México posrevolucionario*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989. Para su gestión universitaria véase *José Vasconcelos y la Universidad*, Álvaro Matute (introducción y selección), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983; véase también Javier Sicilia (prefacio y selección de textos), *José Vasconcelos y el espíritu de la Universidad*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001.

el de Justo Sierra era un ministerio de instrucción, limitado a las funciones docentes, de enseñanza y aprendizaje; en cambio, el de Vasconcelos sería un ministerio de educación, el que incluía también la cultura y el arte como elementos imprescindibles en la formación de los buenos ciudadanos. Así, además de educar a los niños y jóvenes de México, Vasconcelos pretendía crear una Secretaría de Educación capaz de “ilustrar a todos y de difundir una cultura generosa y enaltecida”.⁸

En sus afanes universitarios fue prioritario reintegrar a la Escuela Nacional Preparatoria. El reto no era sólo legal y administrativo; también era educativo, pedagógico. En efecto, en 1914 el ministro huertista Nemesio García Naranjo había erradicado la afiliación positivista de la institución⁹ y durante la presidencia de Carranza se había “aligerado” el plan de estudios preparatorianos. En cambio, al tiempo que Vasconcelos recuperó a la Preparatoria para la Universidad, le asignó otra vez una vocación enciclopédica, a partir de seis áreas de conocimiento: ciencias exactas, ciencias sociales, filosofía, letras e idiomas, artes y materias industriales, para favorecer el acercamiento entre los estudiantes y los obreros. Por último, el proyecto preparatoriano de Vasconcelos incluía la ampliación de la matrícula para permitir la llegada de un sector juvenil más numeroso y diversificado socialmente.¹⁰

El latinoamericanismo universitario de Vasconcelos difiere de la postura de Sierra, quien dio prioridad a las alianzas con las universidades de Europa y Estados Uni-

⁸ Véase su discurso de toma de posesión, citado en la nota 6.

⁹ Nemesio García Naranjo, *Memorias*, diez volúmenes, Talleres Gráficos de El Porvenir, Monterrey, 1948. En particular véase el tomo VII, pp. 177-182.

¹⁰ Véase la sección IV del libro editado por Álvaro Matute, pp. 131-170.

dos.¹¹ La nueva identidad no era meramente racial, sino principalmente política, como se expresó en la sustitución del escudo de 1910 por uno nuevo, de abril de 1921, con un nuevo lema, “Por mi raza hablará el espíritu”, que implica la convicción de que nuestra raza “elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima”, así como la conciencia de que los mexicanos tuviéramos siempre presente “la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria Hispano-Americana, que representará una nueva expresión de los destinos humanos”.¹² La visión geopolítica de Vasconcelos se expresó nítidamente en otras dos ocasiones: al entregarle el grado de doctor *Honoris Causa* al cubano Manuel Márquez Sterling, quien fue uno de los pocos diplomáticos que defendió a Madero y a su gobierno ante el cuartelazo huertista,¹³ y al provocar las manifestaciones estudiantiles en contra del dictador venezolano Juan Vicente Gómez, resultado de las alusiones en contra de éste y de su “tiranía desdichada” durante su discurso del Día de la Raza. Su alocución, reconoce Vasconcelos, era más la de un “guía de la juventud” que la de un funcionario de un gobierno que tenía relaciones diplomáticas con el gobernante al que llamó “déspota, imbécil y ramplón, cruel y deshonesto”. Las protestas diplomáticas y el intento exculpatario del canciller mexicano provocaron un escándalo periodístico que muchos supusieron que se agravaría con la inevitable renuncia de Vasconcelos. El respaldo de muchos políticos y de varias organizaciones sindicales hicieron que el presidente De la Huerta eludiera tomar una decisión drástica contra su provocador ministro.¹⁴ Vasconcelos permaneció como rector; un año después se convertiría en el primer secretario de Educación Pública, dejando como parte de su legado universitario aquel “precedente de solidaridad continental”.

Otro aspecto del proyecto universitario de Vasconcelos fue comprometer activa y decididamente a la institución, y luego a la Secretaría de Educación Pública, en la creación y la difusión cultural. De hecho, Vasconcelos estaba convencido de que el nuevo país, el México posrevolucionario, requería de una nueva identidad cultural, propia, única, basada en el complejo componente racial del país, en su dramático pero admirable pasado y en su irrenunciable compromiso en favor de la democracia y la justicia. La creación de esa nueva cultura se la atribuyó al Estado, el que a través de la Universidad y de la Secretaría de Educación debía apoyar el trabajo de los mejores artistas. Decidido a “sobrepasar los estrechos límites” geográficos del ministerio de

Justo Sierra, no se redujo Vasconcelos a fomentar la creación artística en las instalaciones universitarias de la capital del país, sino que actuó como “agente viajero de la cultura”, acompañado de los mejores talentos: Antonio Caso, Julio Torri, Roberto Montenegro, Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet. Uno de sus proyectos emblemáticos fue su afán por construir muchas pequeñas bibliotecas a lo largo del país. Su diagnóstico era irrebatible: México carecía de servicios bibliotecarios, “y sólo el Estado puede crearlos y mantenerlos como un complemento de la escuela”. Vasconcelos, sobra decirlo, era un hombre de libros. No se redujo a la construcción de dichas bibliotecas, labor propia de un funcionario responsable, sino que intervino en la selección y edición de los libros que debían contener,¹⁵ labor propia de un intelectual, de un maestro auténtico.

“No se puede enseñar a leer sin dar qué leer”, argumentaba Vasconcelos, consciente de que casi 80 por ciento de los mexicanos de entonces era analfabeta. Ante esa dramática realidad, de inmediato hizo “un llamamiento urgente” a los universitarios para que voluntariamente cooperaran, con “ardor evangélico”, en la lucha en favor de la alfabetización del pueblo.¹⁶ A pesar de la falta de experiencia didáctica, de recursos materiales, de espacios adecuados y de la estructura institucional propicia, el resultado fue muy alentador. Cuatro meses después se contaba con 1,500 profesores voluntarios que primero se dirigieron a los barrios marginales de la Ciudad de México, para luego aventurarse incluso a varias zonas rurales. Las cifras consignan diez mil adultos alfabetizados, cifra que puede parecer modesta.¹⁷ Sin embargo, el esfuerzo fue mayúsculo. Además, jurídicamente la alfabetización de las masas no era competencia de la Universidad Nacional. Tan pronto se creó, la Secretaría de Educación heredó el compromiso, convirtiéndolo en uno de los principales retos del Estado mexicano durante el siglo xx.

Ésta fue la característica principal de Vasconcelos como rector. Le asignó a la Universidad Nacional funciones que trascienden las responsabilidades de cualquier universidad típica. Además, la convirtió en una universidad con conciencia social y con claras posiciones políticas. Tales son las características que hoy siguen distinguiendo a la UNAM. Por eso es justo decir que José Vasconcelos fue más, mucho más, que un rector: fue el refundador de la Universidad de México.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 11-19, 45-52. Para este tema véase el reciente estudio de Enrique Krauze, “Vasconcelos: libros, aulas, artes” en *Letras Libres*, número 139, julio 2010, pp. 40-45.

¹⁶ La Circular número 1 es de los primeros días de su rectorado. Véase en Matute, *op. cit.*, pp. 101-103.

¹⁷ Según Vasconcelos, el país requería organizar un ejército de educadores “que sustituya al ejército de los destructores”. Una buena reconstrucción de la cruzada alfabetizadora en Claude Fell, *op. cit.*, pp. 23-51.

¹¹ Al momento de fundarse, en 1910, a la Universidad Nacional de México se le buscaron tres “madrinas”: las de París, Salamanca y Berkeley.

¹² Cfr. Matute, *op. cit.*, p. 127.

¹³ *Ibidem*, pp. 68-73.

¹⁴ José Vasconcelos, *El desastre en Memorias*, volumen II, pp. 27-32.